

:: LA RELIGIÓN Y
LAS RELIGIONES

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR

DON GUMERSINDO DE AZCÁRATE

EL DÍA 16 DE MAYO DE 1909



IMP. JOSÉ ROJAS NÚÑEZ

ST
COM

CONFERENCIA DEL SR. AZCÁRATE

+ 693032
C.

:: CONFERENCIA DADA EN LA
SOCIEDAD « EL SITIO » POR
D. GUMERSINDO DE AZCÁRA-
TE, EN LA NOCHE DEL 16 DE
MAYO DE 1909 :: :: :: :: :: ::

LA RELIGIÓN Y LAS RELIGIONES

Señores :

El honrado aquí soy yo. Por eso, al favorecerme la Junta Directiva de esta Sociedad, con la invitación para que diera una conferencia, no obstante, que de las dos pendientes de la vida, estoy ya muy abajo en la de descenso, como decía vuestro dignísimo y mi muy querido amigo el señor Presidente, no podía menos de aceptar y acepté con grandísimo gusto, porque además de las razones que tengo siempre para corresponder á tales invitaciones estimándolo como un deber anejo á mi profesión, tenía una especial tratándose de esta Asociación, tratándose de *El Sitio*, porque sencillamente, como yo no creo que *el liberalismo es pecado*, sino que creo que la consagración de la libertad ha sido la obra santa y fundamental del siglo XIX, había de tener un gran honor en dar una conferencia en una Sociedad que lleva este nombre y tiene el significado que ostenta en la historia política de esta invicta villa.

Necesito, ante todo, exponer el caracter, el sentido, el objeto de este tema, que ya conoceis y que quizás á alguno haya parecido un poco extraño: *La Religión y las religiones*, y le habrá ocurrido preguntarse, cómo, no siendo yo, ni filósofo, ni teólogo, ni aspirante á ser lo uno ni lo otro, voy á tratar de este tema?

Ya sospechareis que cuando estimo que es necesario ser teólogo y filósofo para discurrir sobre él, doy á entender que no voy á tratar de una cuestión de derecho, de una cuestión política, para las cuales sería una fingida modestia que yo me declarara totalmente incompetente, siendo catedrático de Derecho y político profesional. En efecto, no voy á hablar para

nada de clericalismo, no voy á hablar para nada de esas cuestiones que sin razón, pero con gran provecho para determinadas escuelas y partidos, se llaman religiosas, como la libertad de conciencia y de cultos, la independencia de la Iglesia y del Estado, el matrimonio civil, la secularización de los cementerios, la enseñanza neutra, cuestiones que son cuestiones de derecho y cuestiones políticas, como lo muestran estas dos circunstancias: una que son problemas que en definitiva quien los resuelve es el Poder civil, es el Parlamento; otra, que si fueran religiosas, la solución sería la misma en todas partes, sería igual para los católicos de todo el mundo, como lo es el dogma, como lo es la moral; y prueba de que no es así es que esos que, por desgracia, son todavía problemas que agitan las pasiones en nuestra patria, no lo son ya en modo alguno para los católicos norteamericanos, ni para los ingleses, ni para los alemanes, ni para los belgas.

Los primeros, por ejemplo, los tienen resueltos en sentido liberal en su Constitución, que estiman intangible, y lo propio acontece en la vigente de Bélgica, hecha de común acuerdo por liberales y católicos.

Por eso, digo que son cuestiones de derecho y de política, y no voy á hablar esta noche para nada de ellas; voy á hablar de la Religión misma, y á seguida os diré los motivos que he tenido para elegir ese tema.

He puesto siempre gran empeño en no confundir unas cuestiones con otras, tanto que, salvo contados casos en que el honor me obligaba á hacer una excepción, ni en el Parlamento ni en los *meetings* he hablado nunca de problemas propiamente religiosos; he hablado tan sólo de esos otros que son jurídicos y políticos; ¿por qué? Porque entiendo que por interés de todos, es absolutamente preciso no confundirlos, entre otras razones, porque son por su naturaleza muy distintos, y para su solución deben seguirse procedimientos también diferentes. Y la confusión da por resultado que, al revestir carácter religioso no sólo las cuestiones que propiamente lo tienen, sino esas otras á que antes he aludido, de ello se aprovechan,

no una Religión, una Iglesia, sino un partido político, pues con razón se ha dicho por persona que no puede ser sospechosa, porque es creyente, «que los católicos militantes en España no eran más que un partido político».

Peró esta intransigencia de un lado, ha traído la intransigencia del lado opuesto; y yo no he podido oír sino con gran pena, cómo, á veces, extrema derecha y extrema izquierda, estaban conformes en decir: *Ó católicos ó ateos; ó religión católica ó ninguna*. Y eso es lo que me ha movido á hablaros de *La religión y las religiones* en la noche de hoy. ¿Por qué? Porque puede en España producirse un mal; mejor dicho, ya se ha producido uno, y otro puede producirse; expuestos ambos por un escritor pagano, Plutarco, del cual son estas palabras: «No hay diferentes dioses entre los diferentes pueblos, los dioses extranjeros y dioses griegos, ni dioses del Sur ni dioses del Norte; sino que, así como el Sol y la Luna, el cielo y la tierra y el mar, son comunes á toda la especie humana, pero tienen distintos nombres, según las distintas razas, así, aún cuando no hay más que una Razón que ordena estas cosas y una Providencia que las administra, hay diferentes honores y denominaciones entre las diferentes razas; y los hombres se sirven de símbolos consagrados, algunos oscuros y otros más claros, *encaminando así el pensamiento por las vías de lo divino*, PERO NO SIN PELIGRO, porque algunos, perdiendo todo pié, se despeñan en la *superstición*, y otros, queriendo evitar caer en el lodazal de la superstición, han caído á su vez en el precipicio del *ateísmo*», y estos son los dos males que aquí pueden ocurrir.

Yo bien sé que en la extrema derecha hay quienes, cuando oyen hablar de religión, se contentan con decir que no hay más que una que es la verdadera y que las demás son falsas y obra satánica; y que se rebela contra Dios, el que acepta, el que tiene otra distinta de la que ellos profesan. Esto acontece en España; no en otros países en donde se respetan mutuamente y discuten con tranquilidad las diferentes confesiones religiosas. Pero semejante intolerancia no debe ser cosa esen-

cial en el catolicismo, porque recuerdo que en 1893 tuvo lugar un hecho, el más saliente de los registrados al final del siglo XIX, y que no puede menos de causar maravilla, pensando en la sangre que se ha derramado á causa de las luchas religiosas, el Congreso de las religiones en Chicago, donde se reunieron cristianos católicos, cismáticos y protestantes, y no sólo éstos, sino los judíos y los mahometanos; y no sólo éstos, sino los secuaces de Brahma, de Budha y Confucio. Este Congreso fué presidido por el cardenal Gibbons de la Iglesia católica, y en ese Congreso me encuentro con que el Arzobispo católico de Nueva Zelanda dijo lo siguiente: «En todas las religiones hay un vasto elemento de verdad; de otro modo no habría cohesión entre ellas. Todas tienen algo aceptable, grandes elementos de verdad, repito, y lo mejor que puede hacerse para respetarse uno á sí mismo y destruir las barreras del odio, es ver lo que hay de noble en las respectivas creencias y respetarnos mutuamente reconociendo la verdad contenida en ellas. Encontramos en todas las religiones un número de verdades que son el cimiento, la roca firme de toda moralidad, y las vemos en las varias religiones esparcidas por el mundo, y podemos seguramente, sin sacrificar ni en un punto la moralidad católica ó la verdad, admirar esas verdades, reveladas en cierto modo contra Dios».

Y otro escritor católico, el doctor Keane, Rector de la Universidad de Washington, en el Congreso internacional científico celebrado en Bruselas en 1894, rechazó con indignación la teoría de la inspiración diabólica atribuída á Confucio y Budha, á los cuales consideró como instrumentos en manos de la Providencia para inculcar los preceptos de la moralidad en un tiempo en que la raza humana no había disfrutado todavía del beneficio de una revelación divina.

Y en este Congreso el Arzobispo Feehan, de Chicago, dice: «Cualesquiera que sean nuestras diferencias en materia de fe y de religión, hay una cosa que nos es común á todos, que es la *común humanidad, un sincero respeto y reverencia, un sentimiento cordial y fraternal de amistad.*» Y el ilustre Cardenal

Gibbons pronunció estas frases: «Gracias á Dios hay un programa en el cual todos convenimos; en el de la *caridad*, la *humanidad* y la *benevolencia*.... El samaritano que asistió al moribundo y curó las heridas era un enemigo en religión y creencia, su enemigo de nacionalidad y su enemigo en la vida social. Ese es modelo [que debemos seguir. Nos separaremos animados por un mayor amor de los unos para los otros, pues el amor no hace distinciones por razón de la fe».

Y después de todo, no es extraño que se dijera esto en el Congreso de Chicago, porque ya San Agustín, citado por Max Müller, había dicho antes esto: «Lo que se llama ahora religión cristiana, existía entre los antiguos y jamás ha faltado después del nacimiento del Género humano, hasta los tiempos en que el Cristo ha encarnado, época á partir de la cual la verdadera religión que existía ya, comenzó á llamarse religión cristiana». Por esto dice un teólogo francés citado por Gratry, que había cristianos antes de Cristo, y por eso habla Tertuliano del *testimonium animæ naturaliter christianæ*.

¿Pero cómo pueden parecer extraños este sentido y esta doctrina, si trescientos ocho años antes de Cristo. en un Concilio celebrado por los secuaces de Budha se decía esto: «No se debe hacer honor más que á la creencia propia, pero es preciso no desacreditar nunca la de los demás hombres. Obrando así no se causará daño á nadie. Hasta hay circunstancias en que se debe hacer honor á las creencias de los demás. Al hacerlo así, se fortifica la creencia propia y se viene en ayuda de la ajena. El que se conduce de otro modo debilita su creencia personal y perjudica á las de los demás».

Así, pues, no se sabe considerar como cosas indefectiblemente unidas al catolicismo la intransigencia y la intolerancia que predicen los católicos militantes entre nosotros.

¿Pero qué ha acontecido? Que á esa exageración de la derecha se ha respondido con otra del lado de la izquierda, y que consiste en la negación de Dios y en considerar la religión como cosa llamada á desaparecer, y se ha pretendido que tal sentido era consecuencia de todo el movimiento científico

moderno, sobre todo, del positivismo. Y sin embargo, Augusto Comte, siendo el que creó la religión de la humanidad, decía que de no ser positivista, valía más ser católico que protestante, y sobre todo que librepensador.

En cuanto á Spencer, su doctrina se resume en lo que Huxley ha llamado agnosticismo, el cual es para unos una unificación que teme rebajar á Dios poniéndole á nuestro alcance, y para otros un nombre sabio tras el cual se oculta disimulado el ateísmo. Pero lo cierto es, según Boutroux, que lo incognoscible liga la religión con la ciencia que pueden coexistir, puesto que coexisten; que para Spencer es un error creer que la religión es una cosa artificial, fabricada por el espíritu y por los caprichos de la imaginación; antes es la reacción espontánea del pensamiento, del corazón, del alma, respondiendo á la acción ejercida sobre el hombre por el mundo exterior; donde la Ciencia acaba, la Religión empieza; lo incognoscible, no es una negación, es una realidad positiva; el absoluto es incognoscible, pero de ahí no se deduce que nada podamos afirmar de él; condena la Teología, no lo que hay de esencial en la Religión; él habla, finalmente, de «su convicción, cada día más profunda, de que la esfera del alma ocupada por las creencias religiosas, no puede quedar vacía, y que siempre se plantearán en ella los grandes problemas referentes á nosotros mismos y al Universo».

¿Será Haeckel, considerado con razón como representante del monismo, esto es, de la doctrina que dice: «Así como desde el punto de vista de la observación externa es el hombre cuerpo y desde el de la observación interna es espíritu, de igual modo la realidad en su unidad es Dios y en sus elementos es el mundo?» Pero Haeckel rechaza á la par el teísmo y el ateísmo.

¿Será Guyau, el autor de la famosa obra *La irreligión del porvenir?* Pero para Guyau, como dice Höffding, «el culto interior tiende á suceder al culto exterior, la mística expulsa á la mitología, y llega á la mayor elevación cuando Dios toma la forma del ideal moral personificado»; y añade «pero la ausencia final de religión, la irreligión, no es la misma cosa que la

contrarreligión, la antítesis absoluta de la religión». Y lo propio dicen Buisson y Fouillée, que conocieron bien al autor, especialmente el segundo, los cuales dicen que la irreligión de Guyau puede muy bien denominarse la religión del porvenir.

Estos, como tantos otros escritores, son adversarios de las religiones positivas é históricas, pero no de la religión misma, de la religión esencial, y no pueden autorizar el ateísmo, y menos cierto ateísmo frívolo, vacío y negativo. Es más, hoy, en vigor, sólo hay una tendencia particular que lógicamente conduzca al ateísmo.

Ahora bien, ¿cabe plantear ese problema diciendo: Católicos ó ateos; la religión católica ó ninguna? Eso es lo que me propongo examinar en esta conferencia.

Dice el tema: *La Religión y las religiones*, enunciado que implica la existencia de un género, la Religión, y de especies contenidas en él, las religiones. Pero quiere decir más; quiere decir que si las religiones las estudia la Historia, la Religión, en principio, como lo ha reconocido uno de los más ilustres historiadores de aquéllas, es asunto que toca á la Filosofía. ¿Por qué? Porque se trata de la esencia de la Religión. Y la posibilidad de hacer esta investigación no la niega el llamado librepensamiento y racionalismo, el cual implica la negación de lo sobrenatural, pero no de lo suprasensible; no implica la impugnación de lo que en este respecto digan y afirmen la Psicología ó la Metafísica; lo que implica el racionalismo es tan sólo que el orden religioso está sometido á las mismas leyes de evolución que los demás órdenes de la vida, como el jurídico, el ético, el artístico, el científico, el económico; leyes biológicas que pueden ser investigadas y conocidas por el hombre, no otra cosa.

Y así, tratándose de cualesquiera de esos órdenes, se pueden plantear dos problemas totalmente distintos, por ejemplo, en el jurídico, el de saber qué es el derecho en razón, en principio, en idea; y este otro, el de saber qué ha sido el derecho en el tiempo y en el espacio; lo que ha sido desde los tiempos prehistóricos hasta los actuales; y lo propio sucede en la esfera

del Arte, porque cabe investigar lo que éste sea en su esencia, en su idea, en teoría; y cabe investigar qué ha sido á través de la Historia, cuáles las distintas escuelas que se han sucedido en el tiempo. Pues esa distinción, que procede exactamente lo mismo que en estas esferas, en la de la moral y en la económica, procede también en la religiosa, puesto que cabe de igual modo formular estas dos preguntas: ¿Qué es la Religión en sí misma, en su esencia? ¿Qué han sido las religiones desde que el hombre habitó en la tierra hasta hoy?

Y así como hay una filosofía del Derecho, que estudia ese Derecho racional, y una Filosofía de lo bello, del Arte, que se llama Estética, y una Filosofía de la Moral, que estudia el bien y se llama Ética, hay una Filosofía de la Religión que estudia la religión en sí misma. Y luego, á la par que hay una Historia del derecho, una Historia de la moral, etc., hay una Historia de las religiones. Y de estas dos ciencias, ocurre preguntar cuál es la primera en orden de razón. Pues es la primera la que tiene por objeto estudiar la esencia de la Religión. ¿Por qué motivo? Por uno, que es decisivo. Yo que entiendo que se equivocan los que sostienen que la Historia no tiene carácter científico sino mediante algo que recibe como prestado de la Filosofía, y estimo que por sí solo el conocimiento histórico tiene todas las condiciones del científico, pero no puedo menos de reconocer que hay una cuestión que tiene que ser previamente resuelta por la Filosofía, que es ésta. Si el historiador del derecho, por ejemplo, se propone investigar las evoluciones todas de las instituciones jurídicas ¿cómo vá, á través del tiempo, á distinguir éstas de las científicas, de las artísticas, de las económicas, si antes no tiene concepto de lo que es en su esencia ese derecho cuyas manifestaciones se propone estudiar?

Pues lo mismo ocurre tratándose de la Religión. Hay que conocer lo que es la Religión en su esencia, para después trazar la Historia de las religiones.

El asunto pide contestación á estas tres preguntas: primera ¿toca á la Filosofía primera ó general la investigación de lo

que es en principio la Religión, ó constituye eso el objeto de una ciencia independiente?; segunda, ¿es un problema psicológico, metafísico, sociológico ó práctico?; tercera, ¿es la Religión idea, es sentimiento, es acción?

Sería impropio del momento entrar en el examen detenido de tan arduos problemas, y por ello me limitaré á breves indicaciones sobre cada uno.

En cuanto al primero, entiendo que así como hay esas ciencias filosóficas particulares de que antes os he hablado, relativas al Derecho, al Arte, á la Moral, etc., hay una Filosofía de la Religión, independiente de la Metafísica, que tiene por objeto la Religión en su esencia, en idea, en principio; y entiendo que esa filosofía, como todas las filosofías particulares, tiene su base y fundamento en la Metafísica, que estudia lo que es común á todas; así como los órdenes que en el seno de la sociedad se producen, precisamente para desarrollar esos fines, el religioso, el artístico, el económico, el jurídico, etcétera; tienen su enlace y conjunción en la Sociología.

Y cuenta con que no intento de pasada y de plano dar por resuelto el problema ventilado entre positivistas é idealistas sobre el valor respectivo de los principios y de los hechos. Me basta observar que, tratándose de cosas que tocan á la vida de las sociedades, el hombre siempre juzgará las instituciones pasadas y presentes y siempre señalará el camino que debe seguir en lo futuro, y no cabe formular ese juicio sino con arreglo á un *criterio* ni propondrá nuevos rumbos sino conforme á un ideal, criterio é ideal que los hechos no pueden suministrar por sí solos. Por ésto, Vanni que no puede ser sospechoso por su tendencia positivista, dice que la Filosofía del Derecho y de la Ética, como son ciencias prácticas, no investigan las relaciones causales y las leyes de los fenómenos, objeto de la Historia, sino las *normas* y los *ideales* aplicables á la vida, y lo propio puede decirse de la Filosofía de la Religión.

Es un problema metafísico para aquellos que no admiten que exista una Ciencia de la Religión autónoma é indepen-

diente, como sostenía Jacobi y Scheielmacher, por estimar que el conocimiento de aquélla es objeto de uno de los capítulos de la Ciencia que explica y estudia la realidad toda y una, como lo hacen Hegel y Comte desde su respectivo punto de vista.

Es un problema psicológico para cuantos encuentran el origen de la Religión, ya en el sentimiento, ya en la idea, ya en la acción, ya en aquel sentido de lo divino de que habla Gratry, el cual no es una facultad especial, sino el resultado de un movimiento espontáneo de nuestras facultades intelectuales y morales, la obra común de la razón y la voluntad. Y no hay para qué decir que ese carácter tiene á los ojos de los que identifican el problema religioso con el moral.

Es un problema sociológico para los que, como Durkheim, creen que en vez de estudiar la Religión, lo que debe estudiarse es el fenómeno religioso; que sociológicamente se estudie, no el sentimiento religioso, sino las religiones; y que bajo el influjo del vínculo social no son las religiones las que hacen las sociedades; son éstas las que hacen las religiones. Al afirmar esto, se olvida de que lejos de consentir la conciencia religiosa en identificarse con la conciencia social, la Historia muestra la frecuencia con que protesta y se pone enfrente de ella. Pero es fácil darse cuenta de este punto de vista, atendiendo á que la Sociología está en período de formación y es natural la doble tendencia á ensanchar su esfera de acción y á exagerar la transcendencia de los nuevos principios que ha traído á la vida. No cabe negar, ciertamente, el influjo del contacto social en el desarrollo de la Religión, pero no es posible olvidar que el individuo es la célula original de la Sociedad, y que en él hay que buscar el germen de todo cuanto se desenvuelve en aquélla.

Es finalmente, un problema práctico para el llamado *pragmatismo* y para aquellos que, sin preocuparse para nada de lo que la Religión es en sí misma, en principio, se atienen á la utilidad práctica que preste ó pueda prestar en la realidad. Para William James, una forma religiosa vale, no según el

pensamiento que implica, sino según la acción á que conducé, no según sus fórmulas, sino según sus resultados. En este particular, para él la práctica llega á ser la piedra de toque de la verdad, ó mejor, la verdad misma. Será la religión más verdadera la que sea más fecunda, es decir, más útil; y así propone como modelos para la vida religiosa aquellos en quienes la Religión ha sido toda una vida, una experimentación personal, un acrecentamiento del poder humano, como San Pablo, San Agustín, Lutero, Pascal.

La Religión, ¿es sentimiento? ¿es idea? ¿es acción? Es todo esto. Es sentimiento al nacer, idea después, y por último, mediante la intervención de la voluntad, es acción, es vida, es amor; es, según decía Platon, «como á modo de alas que nos da Dios para llegar hasta él».

Es todo eso, y por ello decía Taine, librepensador: «La Religión es por su naturaleza un poema metafísico acompañado de creencia. Solo así es eficaz y popular. Porque, salvo para una minoría escogida é imperceptible, una idea pura no es, más que una palabra más, y la verdad, para hacerse sensible; ha de revestir un cuerpo. Son precisos un culto, una leyenda y ceremonias, á fin de hablar al pueblo, á las mujeres, á los niños, á los sencillos, á todo hombre preocupado de la vida práctica, al espíritu humano mismo, pues las ideas involuntariamente se traducen en imágenes. Gracias á esta forma palpable, puede echar su peso enorme en la conciencia, contrabalancear el egoísmo natural, contener la impulsión loca de las pasiones brutales, llevar la voluntad hacia la abnegación y el sacrificio, conseguir que el hombre se dedique al servicio de la verdad, hacer ascetas, mártires, hermanas de la Caridad y misioneros. Por esto en toda sociedad la Religión es un órgano, á la vez precioso y natural. De una parte los hombres tienen necesidad de ella para pensar en el infinito y para vivir bien; si repentinamente faltara, tendría el hombre una vida dolorosa y se causarían daños unos á otros. De otra parte, se ensayaría en vano arrancarla; las manos que se posaran sobre ella no alcanzarían lo que se proponían; serían rechazadas después

de una operación sangrienta; su germen es demasiado profundo para que pueda ser extirpado».

Jaurés, el célebre socialista francés, decía lo siguiente: «Creo que sería muy lamentable, que sería mortal comprimir las aspiraciones religiosas de la conciencia humana. No es esto lo que queremos, sino, por el contrario, que todos los hombres puedan elevarse á un concepto religioso de la vida por la ciencia, la razón y la libertad.

»Yo no creo en modo alguno que la vida natural y social baste al hombre. Cuando haya realizado la Justicia en el orden social, le queda todavía un vacío inmenso que llenar».

Es idea, y lo es por lo siguiente: El hombre al conocer lo concreto, lo relativo, lo transitorio, lo pasajero, percibe al lado de éso y sobre éso, principios absolutos, como el de causalidad, como el de contradicción, que no pueden tener fundamento sino de un Ser infinitamente absoluto y absolutamente infinito.

Y si es sentimiento y es idea, es también acción, por lo que influye en la voluntad la presencia de Dios en la conciencia.

Reparad bien lo que acontece. Hay en nosotros perpetuamente un diálogo en que aparecen dos personas distintas, pero que en rigor es un monólogo, porque dentro de nosotros se verifica ese diálogo. Habla una voz que nos aconseja el odio, el interés, el egoísmo, la mentira; hay otra voz que nos aconseja la verdad, el desinterés, el amor; voz, la una, la primera, que es tan distinta en todos los hombres, que mientras cada cual no me diga lo que siente y lo que piensa, yo no lo sé; voz la segunda, que la doy por supuesta, porque dice lo mismo en todos los espíritus; voz la una, que yo creo y que yo mato; voz la otra, que indefectiblemente se siente en todos los espíritus, como se deja sentir la acción de la Luna en todos los puertos del Océano; voz la una, que nos hace caer y pecar; voz la otra, que nos levanta y nos redime; y es que todo hombre lleva dentro de sí mismo junto al Adam pecador al Cristo Redentor. (*Muy bien, aplausos*).

Pero entonces, ¿qué es la Religión? Tengo aquí y no para

leerlas todas,—Dios me libre—las once definiciones que registra Kidd, las siete que transcribe Tolstoy y otras tantas más. Citaré tan sólo algunas, las suficientes para el fin que me propongo.

Séneca.—La Religión consiste en conocer á Dios é imitarle.

Kant.—Consiste la Religión en reconocer todos nuestros deberes como mandamientos divinos.

Mathieu Arnold.—Religión es la moralidad tocada de emoción.

Eduard Caird.—La Religión del hombre es la expresión de su definitiva actitud respecto del Universo, el resumen de su pensamiento, de su total conciencia de las cosas.

Hegel.—El conocimiento adquirido por el Espíritu Finito de su esencia, como un Espíritu absoluto.

Huxley.—La reverencia y el amor por el ideal ético y el deseo de realizar ese ideal en la vida.

Will.—La esencia de la Religión es la fuerte y enérgica dirección de las emociones y de los deseos en el sentido de un objeto ideal reconocido como el de mayor excelencia y debidamente apropiado, para sobreponerse á todos los objetos egoístas del deseo.

Carlyle.—Aquello que un hombre cree prácticamente, aquello que un hombre tiene en el corazón y lo tiene por cierto, concerniente á sus vitales relaciones con este misterioso Universo y á su deber destino, por tanto.

Tolstoy.—La verdadera Religión consiste en establecer al hombre conforme á su razón y su saber, la relación en que está con la vida infinita que le rodea, relación que liga su existencia á esa vida infinita y guía sus acciones.

William James.—Constituyen la Religión los sentimientos, los actos, las experiencias de los individuos, en tanto que, en su soledad se sienten en relación con lo que consideran como divino, cualquiera que sea la manera de concebirlo.

Iva A. Hovert.—La Religión es el deseo efectivo de estar en las debidas relaciones con el Poder que se manifiesta en el Universo. Quien quiera que reconozca, deseando estar en las

debidas relaciones con ella, una Infinita, Eterna, Energía, de la cual todo procede, sin pretender conocer la íntima naturaleza de esa energía, es religioso.

Scheilemacher.—El gran teólogo y filósofo alemán del siglo pasado, dice: «La Religión es el sentimiento, es la intuición de lo Infinito» con la trascendencia que tiene luego en la práctica y que le hace decir estas hermosas frases: «La Religión es esa santa música que oye el oído en medio de las ruidosas disonancias del mundo. Para él no cabe invocar, en pro de la Religión, ni su necesidad como apoyo del Estado y del orden establecido, ni como sostén de la Moral, ni como forma de coerción precisa para el pueblo; el valor de la Religión resulta de lo que es en sí misma y no de aquello para que sirva; ha de hallarla cada cual en su propio corazón.»

En este sentido muchos se han inspirado, filósofos y teólogos, librepensadores y creyentes, y puede sintetizarse en los siguientes términos: este sentimiento y esta intuición del Infinito, implican dos cosas: primera, la dependencia del hombre respecto de ese Infinito, de la Realidad una y toda, de lo Absoluto, de Dios, llámese como se quiera; segunda, el no obrar, el no vivir sino en intimidad con ese Infinito, esa Realidad, ese Absoluto, ese Dios y por tanto, conformándose con las leyes que se derivan de ese todo de que dependemos; en una palabra, que en lugar de constituirse el hombre en centro del mundo y de tratar de ponerlo á su servicio, ha de ponerse él al servicio de la realidad pensando que así se cumple el destino de todos los seres, y él coopera, en una pequeña parte, al destino de esa Realidad.

Habrá llamado la atención que diga uno de los escritores citados que la Religión es la Moralidad tocada de emoción; que consiste para Kant en reconocer todos nuestros deberes como mandamientos divinos. En efecto, es evidente la relación estrecha entre la Religión y la Moral, tema del cual no he de tratar ahora, porque me llevaría muy lejos y me faltaría tiempo para ello; solo diré una cosa y es que si la Religión es la Moral con emoción, también lo es la Ciencia con emoción, el

Arte con emoción, el Derecho con emoción, en una palabra, que la Religión es el cumplimiento con emoción de cada uno de los fines humanos.

Por eso Julio Simon decía que Dios era como uno de esos grandes monolitos que se colocan en las encrucijadas á donde van á parar varios caminos; monolitos que tienen tantas caras como caminos conducen á él, y esas son en este caso, la Verdad, la Bondad, la Belleza, la Justicia y la Piedad, y los caminos que conducen á ellas, son la Ciencia, la Moral, el Arte, el Derecho y la Religión. Y por todo eso, toda la vida debe ser religiosa, y todo recibe caracter religioso, cuando se realiza bajo la inspiración de ese sentimiento, y por eso se ha dicho: *laborare est orare*, el trabajo es una oración, y no comprende el valor ni la dignidad del trabajo quien no lo considera de esa manera. (*Aplausos*). Y por eso, el jurisconsulto, el político, el hombre de Estado, por ejemplo, que sirve á la Justicia, á Dios sirve, y si vá contra ella, contra Dios vá, aunque tenga su nombre cien veces al día en sus labios; pues, como decía la egregia Concepción Arenal, no es más piadoso quien habla más de Dios, sino quien le ofende menos. (*Aplausos*).

¡Se dice del siglo pasado que fué enemigo de la Religión! No ha habido en la Historia una época en que los pensadores se hayan preocupado más de este problema, y de ahí las distintas escuelas y doctrinas sobre el origen y la formación de la Religión, sobre la existencia de una ciencia independiente que se ocupe en su examen, sobre el concepto ideal de la misma, sobre el dualismo entre la religión natural ó racional y las religiones positivas, sobre su relación con los distintos fines de la actividad, en especial con la Moral y, finalmente, sobre el concepto de Dios, dando lugar á los distintos puntos de vista del panteísmo, del monoteísmo, deísta ó teísta, del monismo, y del ateísmo. Ciertamente es que, no obstante no existir de este último otra manifestación que merezca ser tenida en cuenta que la que se deriva de considerar la realidad, el mundo, como un puro mecanismo, material, infinito y cerrado, con lamentable frecuencia se llama ateo al que no tiene de la divinidad el

concepto que uno mismo tiene, olvidando que por ese camino el que crea en un Dios personal, habría de negar la condición de Religión á la que fuere panteísta, como la brahamánica, y de confundir á los pensadores panteístas con los ateos. Los paganos calificaron de impíos y ateos á algunos padres de la Iglesia, y así llamaban á aquel cristiano que figura en la novela titulada *Las ruinas de Pompeya*, de Lytton Bulver, por la sencilla razón de que así éste como aquéllos hablaban de un Dios que no era el de los Romanos.

Se ha supuesto que el llamado *agnosticismo* es un velo tras el cual se oculta el ateísmo, pero el hecho es que si eso es para algunos, para otros ha conducido á un verdadero misticismo, y lo que el positivismo crítico afirma es que más allá del conocimiento del hecho, de lo relativo, queda lo incognoscible para el entendimiento humano en la forma de la Ciencia, pero que constituye algo misterioso, no en el sentido de inexplicable, sino de no explicado, en el cual se esfuerza por penetrar, en aras de la fe y de la fantasía, para responder principalmente al permanente deseo del hombre de conocer su destino, de saber de dónde viene y adónde vá. Haeckel ha dicho: «No soy ni teísta ni ateo.»

Pero si la esencia de la Religión consiste en acatar las leyes que imperan en la realidad, las cuales para el creyente no son fruto de la arbitrariedad divina, ya que, como decía San Agustín, el bien no es bien porque Dios lo quiere, sino que Dios lo quiere porque es bien, resulta que todos nuestros actos caen dentro de la esfera de la Religión, al igual que acontece con la Moral y el Derecho, y de aquí el sentido recto y sano de la piedad que resplandece en unas hermosas palabras de Concepción Arenal, que luego leeré.

Más, ¿es la Religión un fin de la vida meramente formal? ¿No tiene algo de sustantivo? Sí, lo tiene; porque el hombre, por una tendencia natural de su espíritu, siente la necesidad de entrar en comunicación con el Ser absoluto del cual depende y con el cual se considera íntimamente unido, y la satisface en la forma exterior del culto, del cual es expresión más pura y

adecuada, y la única esencial, la oración. Además, siendo el hombre por naturaleza eminentemente social, los que comulgan en las mismas creencias, se unen, mediante la propaganda y la asociación, para formar las comunidades religiosas, aunque no deba perderse de vista que, como dice el ilustre Alfredo Calderón, «La Religión, interpretación del supremo misterio de las cosas, relación personalísima del creyente con su Dios, es por naturaleza la más individual, la más independiente, la menos coercible, la menos comunicable, la menos social de las creaciones del espíritu. Por eso precisamente, nunca puede el Estado servirla sin ofenderla, ni protegerla sin profanarla »

Ahora, viniendo á la segunda parte, ¿qué ha sido la Religión en la Historia? Veámoslo brevemente; porque temo fatigaros demasiado.

En primer lugar, la Historia de la Religión, es cosa distinta de la Historia de las religiones. Esta tiene por objeto el estudio de las condiciones, cambios y mudanzas que ha experimentado cada una de ellas. Aquélla tiene por objeto, como observa Tiele, mostrar cómo la Religión, es decir en términos generales, la relación entre el hombre y los poderes sobrehumanos en que cree, se ha desenvuelto en el curso de los tiempos, en los diferentes pueblos y razas, y, mediante éstas, en el seno de la humanidad, teniendo, á diferencia de la de las religiones, delante de sus ojos, ante todo, la *unidad* del fenómeno psicológico.

Esta unidad supone el reconocimiento de algo permanente en medio de los cambios, y ella hace que sea posible la Historia de la Religión, que no es una mera suma de las religiones históricas, al modo que la unidad de la vida jurídica y la de la vida artística, hacen posible una Historia del Derecho y una Historia del Arte. Y así, de igual manera que la Historia Universal humana ha ido ensanchándose en el tiempo, pasando del mundo clásico al oriental, y llegando á los tiempos tradicionales ó protohistóricos y á los prehistóricos, y en el espacio, al estudiar la vida de los pueblos salvajes, que coexisten con los

civilizados, no por mera curiosidad, sino por estimar que forman parte de la Historia de la Humanidad, lo propio acontece con cada uno de los fines de la actividad, y por tanto, con la Religión.

El Arte, por ejemplo, comienza con los toscos dibujos que el troglodita trazó en las cavernas en que habitaba el hombre primitivo, en las astas del rengífero y en los collares con que se adornaba la mujer, y llega á las portentosas obras del arte griego y del arte moderno; al modo como la navegación comienza en el primer tronco que el hombre ahueca para cruzar los ríos y llega hasta á los admirables trasatlánticos que surcan hoy los mares. Pues lo propio puede decirse de la Religión, sólo que, por lo que hace á los tiempos prehistóricos, no ha dejado el hombre entre las capas de la tierra sino ligeros vestigios de lo que aquélla pudo ser, como los enterramientos, á diferencia de lo que acontece con el arte y la industria. Lo que sí puede afirmarse es que en los tiempos tradicionales ó protohistóricos y en numerosos pueblos no civilizados actuales, dominó y domina el *animismo*, esto es, la fe en la existencia de espíritus, respecto de los cuales se siente dependiente el hombre, atribuyéndoles el rango de seres divinos y haciéndoles objeto de adoración. De él es expresión el culto doméstico de los antepasados, tan interesante, y que es base de la organización gentilicia ó patriarcal.

El animismo, conduce á las religiones nacionales politeístas, que ceden su puesto más ó menos al panteísmo, como en la India, ó al monoteísmo, como entre los hebreos, manteniendo el caracter nacional. En el seno de ellas aparecen más tarde las religiones universalistas: Budismo, Cristianismo, Mahometismo que aspiran á extenderse por el mundo. Pero es de notar que la última de ellas, formando señalado contraste con la cristiana, revistió uno de los caracteres de las orientales, en cuanto el Korán es un Código en el que se regulan todos los órdenes de la actividad.

Para apreciar todo el sentido y el valor del Cristianismo, preciso es tener en cuenta la obra de su fundador y la de San

Pablo, el contenido de los tres Evangelios sinópticos y el del cuarto, los dogmas proclamados en el Concilio de Nicea, bajo el influjo de la filosofía griega, según ha puesto de manifiesto Hatch, la organización de la Iglesia sobre la base de las instituciones romanas, la sujeción á aquélla de la vida toda en la Edad Media expresada en la supremacía de la Teología sobre la Filosofía, y en las pretensiones de Pontífices, como Gregorio VII, Inocencio III y Bonifacio VIII, y, finalmente, el sentido que á la sazón se tenía de la vida y del cual dice Symonds: «El hombre vivía como envuelto en un capuz; no vio la belleza del mundo, ó la veía sólo á través de sí propio, para volverse luego de otro lado y recitar sus oraciones. Así como San Bernardo viajó á lo largo de las orillas del lago de Lemán sin ver el azul de las aguas ni la lozanía de los campos, ni las radiantes montañas cubiertas con su vestido de sol y de nieve, porque caminaba llevando inclinada sobre la cabalgadura aquella cabeza preocupada y llena de pensamientos, de igual modo que este monje, la humanidad, peregrino inquieto, preocupado con los terrores del pecado, de la muerte y del juicio final, marchó á lo largo de los anchos caminos del mundo, sin haber conocido que merecía ser contemplado y que la vida es una bendición.

Pero en el siglo xv, el Renacimiento trae á la vida un nuevo sentido y nuevos elementos de actividad; en el xvi, la Reforma, rompe la unidad de la Iglesia; en el xvii, Bacon y Descartes emancipan la Filosofía del yugo de la Teología; en el xviii, surge un gran movimiento intelectual y un extraordinario desarrollo en todas las ciencias, dando por resultado nuevos conceptos fundamentales con relación á todos los órdenes de la actividad, y en el xix, finalmente, se producen las Revoluciones, como consecuencia de todo lo anterior. Quien quiera que crea en la Providencia Divina, ha de estimar que mediante ella se han producido esos hechos fundamentales que constituyen el contenido de cuatro siglos, so pena de atribuir el imperio del mundo durante tan largo tiempo á Satanás.

Ahora bien, esos cinco hechos transcendentales han dado lugar á una serie de conceptos, de principios, y de ideales que

estaban en contraposición con los que habían imperado en la Edad Media. Habían emancipado de la Teología: Descartes, la Filosofía; Bacon, la Ciencia, Spinoza, la Ética; Grocio y Puffendorf, el Derecho; los enciclopedistas, la política, y todo ello tenía que producir una renovación fundamental de la vida social.

De aquí, el antagonismo entre el pasado y las nuevas aspiraciones, y de aquí la característica señalada de nuestro tiempo, consistente en que la época actual es, no parcialmente como lo han sido otras, sino totalmente crítica, porque la crisis alcanza á todos los órdenes de la actividad. ¿Es que no hay señales de que se logre resolver el conflicto entre esos dos mundos, hallando una solución de armonía? Si es exacta la ley biológica, según la cual la vida es, además de sucesiva y continua, progresiva, parece que sí. Hartman dice, con relación á la lucha entre positivistas é idealistas, que sus mantenedores están á punto de encontrarse, al modo que se encuentran los obreros que atacan un túnel desde lados opuestos. ¿Y por qué no esperar que suceda lo propio en las restantes esferas de la vida? Y por lo que hace á la religiosa, ¿no cabrá una religión de armonía entre el Cristianismo y el racionalismo?

¿En qué consiste que se publican obras, como una que se titula *Un librepensador cristiano*, y que hay filósofos, como Paul Janet, que dice: «Cristiano soy y cristiano me llamo, y no reconozco en nadie, absolutamente en nadie, el derecho á arrancarme ese título, porque crea en un Cristianismo sin dogmas y sin milagros», frase que en cierta ocasión hube de hacer mía? ¿Por qué Haeckel, que es para muchos la personificación del evolucionismo extremado, al poner enfrente de la Trinidad del catolicismo, la de lo Verdadero, de lo Bello y de lo Bueno, dice que, en cuanto á lo Verdadero no podrá jamás estar conforme con el cristianismo, porque no son compatibles con los dogmas de éste sus principios, ni tampoco en cuanto á lo Bello, porque estima la naturaleza de distinto modo que los cristianos; pero que en cuanto á lo Bueno, está conforme con éstos? ¿A qué obedece el hecho de que de otro lado salgan de

las Iglesias cristianas, por ejemplo, de la protestante, doctrinas como la unitaria de los norteamericanos [Channing] y Parker, contando con adeptos, no muy numerosos, pero sí de calidad? ¿Por qué ha surgido el protestantismo liberal y se habla de un cristianismo racional y de un racionalismo cristiano, viniendo á encontrarse, unos que proceden del campo del librepensamiento, y otros que proceden de las comunidades cristianas?

No ahora, sino en el año 1870, Vacherot, filósofo francés, racionalista, tenido por panteísta, publicaba en la *Revue de Deux Mondes*, un interesantísimo artículo sobre este tema «Origen y desarrollo del Cristianismo», con motivo de la aparición de ocho ó diez libros que vieron la luz á la sazón, debidos á escritores católicos, protestantes y judíos, artículo que concluía con estas palabras: «¿No es la religión de los sencillos de corazón y de espíritu la que enseñaba Jesús al pueblo de Galilea? No apelaba á la Teología, ni á la Metafísica, ni á la erudición, ni á la crítica, ni á ninguna doctrina de escuela; no hablaba más que á la conciencia, que era la única llamada á responder. Sentir, amar; todo el nuevo Cristianismo consiste en eso; sentir la verdad íntima, la verdad del corazón, es decir, lo bello, lo justo, lo bueno, y amarlo en la persona de Cristo».

Este Cristianismo no es el de la Teología, es aquél que dice: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial»; es el Cristianismo que dice: «amaos los unos á los otros»; es el Cristianismo que dice: «dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios», con lo cual rompía con todo el sentido de los códigos orientales, en los que están confundidos el Derecho y la Religión; es el Cristianismo que afirma el principio de Humanidad; no porque antes no lo hubiera dicho alguien, como Sócrates, que se proclamó ciudadano del mundo, y el poeta latino, que dijo: *homo sum el nihil a me humanum alienum puto*. Pero siempre habrá una diferencia entre una Religión y una Filosofía, por lo cual se equivocan, lo mismo los que intentan sustituir aquélla con ésta, que los que intentan sustituir ésta con aquélla; y es que la Filosofía habla á la razón, es obra intelec-

tual, y por eso su influjo no es inmediato, sino mediato y lejano, mientras que la Religión es fruto del sentimiento y de la intuición, que mirando á la vida, se expresa en reglas de conducta. Por eso ha dicho, con razón, el autor inglés de una interesantísima Vida de Jesús: «Suprimid la muerte de Sócrates, no obstante haber sido tan dramática, y la doctrina socrática seguirá valiendo lo mismo; suprimid la vida y la muerte de Jesús, y no comprenderéis el Cristianismo.»

Derivación de ese principio de humanidad, es la admirable descripción que de la Caridad hace San Pablo; ¡harto olvidada!, mejor dicho, pocas veces repetida, y eso que valiera la pena de que se repitiera, en vez de otras perfectamente inútiles, doctrina en la que, seguramente, se inspiró el autor de un rótulo que he tenido ocasión de leer hoy, al visitar encantado esos dos establecimientos de beneficencia que tanto honran á esta invicta villa. Dice así: «Si yo hablara lenguas de hombres de ángeles y no tuviera caridad, soy como metal que suena ó campana que retiñe. Y si tuviera profecías y supiera todos los misterios y si tuviera toda la fe, de manera que traspasase todos los montes, y no tuviera caridad, nada soy. Y si distribuyera todos mis bienes en dar de comer á los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tuviera caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no se goza en la iniquidad, más se goza en la verdad; todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo espera, todo lo soporta... y ahora permanecen estas tres cosas: la Fe, la Esperanza y la Caridad; más, de ellas, la mayor es la Caridad». ¡Decidme si para muchas gentes es, en verdad, de estas tres cosas la mayor la Caridad! (*Aplausos*).

Pero ya es hora de terminar. ¿Qué es lo que me ha movido á hablaros de este asunto? Mostrar cómo la Religión, lejos de ser algo pasajero y transitorio, llamado á desaparecer, es tan permanente como la Ciencia, como el Arte, como el Derecho, pero que, como el Derecho, como el Arte y como la Ciencia, evoluciona, cambia, se modifica, enlazándose lo nuevo con lo

antiguo, ya que, como dije antes, es ley de la vida que ésta sea sucesiva, continua y progresiva. Cristo dijo: «No he venido á destruir la ley sino á completarla.» Y esta evolución progresiva no puede rechazarla el creyente, porque si alguien me dijera que tratándose de una religión revelada, no cabe modificación, porque sería como enmendar la obra de Dios, yo le preguntaría:—¿Pero es que la ley antigua, la ley de los Judíos, no es para tí ley revelada, ley divina? y la nueva ley y la ley de Cristo, la ley del Evangelio, ¿es que no ha venido para cosa alguna nueva?

Y pensando en la situación de España, en este respecto, entiendo que conviene mostrar una y otra cosa: la permanencia y la variabilidad de la Religión. Efecto de tantos siglos de intolerancia, se mantiene el fanatismo de la derecha, y enfrente de él surge el fanatismo de la izquierda; á la intransigencia de los católicos militantes, que no quieren oír hablar de catolicismo liberal ni de *americanismo*, ni de modernismo, oponen algunos libre-pensadores un ateísmo puramente intelectual, frio, vacío y negativo. Y como yo entiendo que la Religión es un fin permanente de la vida, pero sometido como todos los demás de la actividad humana, á la ley inevitable de la transformación, quedando siempre vivo lo esencial de ella, esto es, la dependencia y subordinación del hombre al Infinito, á Dios, y, consiguientemente, el reconocimiento de nuestros deberes, como mandamientos divinos, según decía Kant, entiendo también, que sólo así es posible Caridad como la describía San Pablo, y el sentido sano y verdadero de la Religión y de la piedad, como la exponía aquella ilustre y santa mujer, que se llamó Concepción Arenal, en estos párrafos, que transcribo, de una de sus *Cartas á un Señor*.

«No tratamos de Teología, no vamos á discutir dogmas, ni á penetrar misterios, y cualquiera que sea su modo de pensar y de sentir, respecto de unos y otros, convendrá usted en que los hombres que viven en sociedad, más ó menos, mejor ó peor comprendida, tienen religión, siendo ésta en consecuencia un elemento social.

»Por desgracia, este elemento no es entre nosotros lo que debería ser; la Religión, por regla general, no se comprende ni se practica bien en España, donde es grande el número de personas irreligiosas.

»La Religión no consiste en fórmulas exteriores; en prácticas casi mecánicas; en palabras, cuyo sentido se ignora ó se olvida; en preceptos, que verbalmente se repiten, pero que prácticamente se quebrantan. La Religión es una cosa íntima, que arranca de lo más profundo de nuestro corazón y de lo más elevado de nuestra inteligencia; que tiene manifestaciones exteriores, como señales de lo que en el interior existe, no para suplirlo; palabras para comunicar con los otros hombres, que elevan el alma á Dios, á fin de fortificarse en esta comunión, y también para procurarla. La Religión no es precepto que se invoca cuando conviene, sino que se practica siempre; es la aspiración á perfeccionarse; es la Justicia; es el Amor: es la unión íntima del espíritu con Dios, que le eleva y le sostiene en la desgracia y en la prosperidad.

»El hombre no es religioso, como es militar ó empleado, ni puede echar la llave á su conciencia, como á su pupitre. Hay quien va á la iglesia, reza una oración y dice: *he cumplido mis deberes religiosos*. Después se ocupa en su profesión, en su oficio ó en nada. Fuera del templo, ó concluída la plegaria doméstica, la religión no interviene en su trabajo ni en sus ocios. ¿Por qué? Porque no es verdadera. La verdadera Religión acompaña al hombre á todas partes, como su inteligencia y su conciencia; penetra toda su vida é influye en todos sus actos. Sus *deberes religiosos*, no los cumple por la mañana, por la tarde ó por la noche, sino todo el día, á toda hora, en toda ocasión, porque toda obra del hombre debe ser un *acto religioso*, en cuanto debe estar conforme con la ley de Dios. Hay Religión en el trabajo que se realiza, en el deber que se cumple, en la ofensa que se perdona, en el error que se rectifica, en la debilidad que se conforta, en el dolor que se consuela; y hay impiedad, en todo vicio, en toda injusticia, en todo rencor, en toda venganza, en todo mal que se hace ó que se desea. La Religión no consiste

sólo en *confesar* artículos de fe y *practicar* ceremonias del culto, infringiendo la ley de Dios. Al hombre religioso no le basta ir al templo; es necesario que lleve altar en su corazón, y allí, en lo íntimo, en lo *escondido*, ofrezca sus obras á Dios, como homenaje, no como una profanación y un insulto. Cuando llega la noche y examina en su conciencia cómo ha empleado el día, si no ha evitado *todo* el mal que en su mano estaba evitar, si no ha hecho *todo* el bien que pudo hacer, no puede decir con verdad *que ha cumplido sus deberes religiosos*. HE DICHO. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

